

cion se probará suficientemente en diversos lugares del presente tratado.

§. III.—Del cuidado que la madre de Dios tiene de los suyos hasta en las cosas menores.

I. ¿Quién puede tolerar á los impíos, que dicen en el libro de Job que Dios se pasea por los cielos sin curarse de lo que pasa en la tierra? ¿Quién puede sufrir á esos otros que dicen en Platon que Dios tuvo verdaderamente un cuidado particular de los ángeles como obra acabada de sus manos; pero que los hombres los encomendó á la providencia y conducta de sus espíritus puros sin cuidar de ellos? Estos charlatanes han sido objeto no solo de la risa, sino del odio público, porque de un solo golpe han quitado á los hombres lo que debe de serles maspreciado que su vida, á saber, el cuidado que la infinita majestad tiene de ellos, y han privado á Dios de dos de sus mas excelentes atributos, la providencia y el amor. Si ellos se figuran que la muchedumbre de ocupaciones causa alguna congoja en Dios, manifiestan que tienen muy mala idea de la omnipotencia: si por el contrario creen que el gobierno del mundo no ocupa su entendimiento, limitan extraordinariamente su bondad quitándole la inclinacion que naturalmente tiene de comunicarse á las criaturas. Hacer un Dios sin amor es darle un corazon de bronce, y quitarle el cuidado de sus criaturas es suponer que tiene menos bondad que un hombre. Cuanto mayor es su amor, mas tierno y esmerado es su cuidado hasta en las menores necesidades. S. Benito siendo niño comprendia ya esta verdad, porque habiéndose quebrado por descuido una vasija de barro que su nodriza habia pedido prestada, recurrió á Dios manifestándole que no era justo recibiese ella tal disgusto. Agradó tanto esta confianza al padre de toda bondad, que

apenas habia acabado Benito su oracion, cuando la vasija volvió á su primer estado. Acerca de lo cual tenemos no solo el testimonio del papa S. Gregorio el magno, sino de infinitas personas que vieron aquella vasija á la puerta de la iglesia de Nursia, en cuyo lugar nació el santo y moró hasta la irrupcion de los longobardos en Italia. El mismo S. Gregorio dice dando quejas como un niño á nuestro Señor que S. Bonifacio, despues obispo de Ferentino en Toscana, hizo soltar á una raposa las gallinas de su madre. Dios nos profesa un amor tierno, y si tuviéramos el corazon dispuesto á conocerle, veriamos efectos maravillosos de su bondad infinita: á medida que una criatura se acerca mas á él, él le da un corazon mas capaz y un amor mas tierno y vigilante.

II. De aqui se sigue que la Virgen no solamente en calidad de madre, que es un nombre de mansedumbre y ternura, sino en la de reina, participante de las grandezas de Dios mas que todos los bienaventurados juntos, tiene unos ojos muy perspicaces para descubrir hasta las mas imperceptibles necesidades de los suyos, y un corazon el mas vigilante y enamorado que se puede imaginar. Es verdad que la propiedad del amor, especialmente siendo tierno y ardiente, es velar constantemente para hacer cuanto pueda dar gusto al objeto amado; pero el corazon de la madre de bondad sobre todos se ha apropiado este cuidado cordial y afectuoso, de tal suerte que parece ser como su primera y principal calidad. Seria un grandísimo error y una astucia muy notable de Satanás figurarse á esta reina con una majestad severa y un aire que infundiese temor de llegarse á ella ó hiciese sospechar miraba con desden nuestras menores necesidades. Para dejarse llevar de este pensamiento seria preciso no tener conocimiento de la bondad que hay en el cielo, ó no haber oido hablar jamás de la madre del amor hermoso.

III. El maestro Fr. Luis de Granada, varon muy docto, grave y digno de fê, cuenta (1) que en la ciudad de Setubal en Portugal habia un caballero distinguido que se recreaba en la pesca. Un dia que deseaba salir á divertirse en este ejercicio, mandó á un criado traer la caña, el cual queriendo limpiarla la rompió por dos partes, de donde sacó dos astillas del grueso de un dedo cada una. La señora de la casa que conocia el genio pronto de su marido, se postró temblando delante de una imágen de la Virgen y le dijo: Virgen santisima, si no lo remedias todo al punto, habrá alboroto en casa. Al mismo tiempo se encomendó á las oraciones de una nodriza suya, que habia muerto años antes en gran opinion de santidad. Entretanto el marido pedia á gritos la caña, y nadie se atrevia á presentarse; pero al fin hubo que llevársela en el estado en que estaba. Apenas el criado habia pasado la puerta (aquí está el milagro), la caña quedó sana y entera como antes sin otra señal que un filetito blanco en el lugar donde se habian unido milagrosamente los pedazos. Todos los de la casa quedaron asombrados: un nieto del caballero que habia salido á ver lo que era, corrió á llevar la noticia á su madre; pero esta le dió un bofeton para que otra vez no mintiera; y aunque sucesivamente confirmaron cuatro personas ser cierto lo que el niño habia dicho, no quiso creerlo su madre hasta que lo vió por sus propios ojos. El que refiere la historia, asegura haber guardado por algun tiempo los pedazos de la caña rota y haberlos enseñado á muchos en confirmacion del milagro.

IV. No sé si es tan digno de admiracion lo que cuenta el autor de la Vida de S. Felipe Neri. Dice que el año 1376 habiéndose separado de la pared la viga

(1) Introduccion al simbolo de la fé, parte II, seccion 40.

donde cargaba el tejado de la capilla de los padres del Oratorio en Roma, vió el santo una noche que la Virgen la sostenia con sus manos; por donde conoció el bien que les habia hecho y el peligro que habian corrido. Al dia siguiente mandó echar abajo el tejado, para que no ocurriese ninguna desgracia.

*Gualtero de Bibrach.*

V. Pero no puede nadie figurarse cosa que se parezca al cuidado que tuvo de Gualtero de Bibrach, uno de sus mejores siervos, de quien volveré á hablar en otra ocasion. Este valiente soldado de la Virgen iba á un célebre torneo á que habia sido convidado con otros; y como en el camino se presentase coyuntura para oír misa, los rogó que se detuviesen; pero ellos por temor de llegar tarde se excusaron lo mejor que pudieron. Gualtero mandó decir una misa de la Virgen, á quien se encomendó de todo corazon, y hecha su ofrenda se dispuso á seguir á sus compañeros. Al acercarse al lugar del torneo preguntó si habia comenzado, y le respondieron unos sin conocerle que sí y que un tal Gualtero de Bibrach hacia prodigios y que solo se hablaba de él. La bondadosa madre de Jesus no habia querido permitir que su caballero sufriese el mas minimo perjuicio ni aun en una cosa tan indiferente como el juego por haber estado empleado en su servicio, y envió un ángel para que entretanto peleara por él.

*Guetrequino.*

VI. Alguna semejanza tiene con esto lo que aconteció á un religioso sencillo, de quien se hace mencion en las Revelaciones de santa Brigida. Estando en oracion fué llamado por el abad para que ayudara al panadero

del monasterio. Al punto que recibió este precepto, se hincó de rodillas ante una imágen de la virgen Maria y le habló en estos términos: «Dulcísima madre mia, acabo de recibir orden de ir á la panaderia, y ya sabes que no entiendo una palabra de eso; por lo cual no serviré mas que para echarlo á perder todo.» La Virgen le respondió que continuase en oracion y que ella supliria su ausencia. Con efecto así lo hizo, y nunca se notó que el religioso hubiese faltado á la obediencia.

*Santa Zita.*

VII. Santa Zita, natural de Luca, donde murió el año 1278, fué un día á visitar la via crucis que está extramuros de la ciudad, y á la vuelta como se sintiese cansada, se sentó junto á una fuente cuando iba á ponerse el sol. Al cabo de un rato se le presentó una señora muy decente y le preguntó si queria ir á Luca. Zita respondió afirmativamente, con lo que se pusieron las dos en camino y fueron entretenidas en sabrosas pláticas hasta la puerta de la ciudad, que encontraron cerrada. Mas apenas se acercaron, se abrió aquella. Zita hizo todos los esfuerzos posibles para que se quedase en su casa aquella buena señora; pero cuando mas la iba instando, de pronto no vió á nadie. El tierno afecto á Maria santísima que le quedó en el corazon, le sirvió de prueba cierta de que ella y no otra le habia hecho aquella gracia.

*Beatriz.*

VIII. Temería yo rebajar demasiado los favores de la madre de Dios, si pusiera lo que voy á contar en el número de los que hace en cosas pequeñas; sin embargo no lo omitiré por ser un rasgo señalado del cuidado y del cariño cordial de Maria santísima para con los suyos.

Refiere el devoto Cesáreo que en su tiempo hubo una monja llamada Beatriz, muy devota de la madre de Dios, la cual fué nombrada sacristana de su convento. Como era hermosa y agraciada, fué solicitada vehementemente por un eclesiástico que frecuentaba el convento; y no pudiendo ya resistir Beatriz á sus importunaciones se fué derecha á una imágen de la Virgen, tiró las llaves sobre el altar y dijo estas palabras: «Señora, hasta aquí te he servido lo menos mal que he podido; ahora no puedo resistir á las tentaciones que me asaltan: así te devuelvo tus llaves y te encomiendo tu iglesia.» Dicho esto se salió precipitadamente del convento con el que la habia seducido. Este malvado al poco tiempo la abandonó vilmente despues de haberla perdido; de modo que viéndose la infeliz reducida á la desesperacion se sumergió mas en la carrera de perdicion que habia comenzado. Ya habia pasado quince años en la disolucion mas espantosa, cuando la madre de bondad derramó un rayo de luz en su alma y la hizo acordarse del convento donde se habia educado. En el acto resolvió volverse á él y ver si podria ser admitida con cualquier condicion. Llegada á la puerta del convento preguntó al portero, que era un anciano venerable, si conocia á la sacristana sor Beatriz. Pues ¿no la he de conocer, respondió el portero, si se ha educado aquí desde su niñez y es una de las monjas mas virtuosas de este convento? A Beatriz le chocaron estas palabras; pero no comprendiendo el sentido de ellas tuvo miedo de quedarse. Cuando ya volvia la espalda, se apareció á su lado la Virgen santísima, en quien no podia pensar sin partirsele de dolor el corazon, y cogiéndola de la mano le dijo: «Beatriz, hija mia, ¿no te acuerdas ya de la época en que no tenias pensamiento mas halagüeño que el de hacerme algun servicio? Pues sábetelo que yo he estado aquí quince años enteros ocupando tu lugar y haciendo tu oficio, sin que nadie haya notado tu salida ó

advertido tu falta. Asi quédate resueltamente, continúa en mi servicio y haz penitencia de los pecados cometidos. Yo seré siempre una buena madre para ti y no te abandonaré jamás.» Al decir estas palabras desapareció, y Dios sabe si Beatriz quedó pasmada oyendo tales nuevas.

IX. Confieso que no me canso de repetir una y muchas veces que el cielo rebosa de cuidado y ternura para con nosotros, y especialmente el corazón de nuestra amorosa madre. Estoy seguro de que no hay uno que no haya sentido su amor y advertido alguna particular providencia de nuestra señora á favor de él. Pero nuestro mal está en ser tan cortos de vista, que no columbramos sino aquello que nos da en los ojos. Si la que nos hace tantos bienes, nos los hubiera abierto para reconocer su dulce cariño maternal; no habria día de nuestra vida en que no viésemos muchas señales de él y saliésemos de tino considerando una bondad tan singular. Por mí no dudo que hay un secreto del cielo en escondernos los efectos continuos de esa admirable providencia, porque si los viéramos tales como son, no podríamos ocupar nuestro entendimiento en otra cosa que en bendecir sin cesar á una madre tan bondadosa. ¿Qué sería pues si ella encontrase siervos capaces de corresponder á su cuidado afectuoso? Y si su amor maternal se baja hasta el contentamiento mas pequeño que puede darles; ¿con qué ansia se empleará en lo que mira al principal de su salvacion? Si tiene tanta bondad con ellos mientras viven en este valle de lágrimas; ¿qué les reservará para el cielo? El hombre mortal no lo comprenderá jamás; ¡dichoso el que lo pruebe!

§. IV.—Del cuidado que la Virgen santísima tiene de colocar á los suyos en una condicion de vida que sea propia para obrar su salvacion.

I. Si es cierto (como parece muy verisimil por estar autorizado con el sentir de la iglesia universal) el juicio

de los mejores intérpretes de Salomon, que se persuaden á que el Espiritu Santo declarando las calidades y propiedades admirables de la sabiduria ejemplar é increada, que es el Verbo divino ó encarnado, significó tambien á la sabiduria participada ó imitada, como la llaman, que es la Virgen santísima; hay grandísimo motivo de consuelo para los suyos en el capítulo VIII de los Proverbios, donde se dice que ella los aguarda en las encrucijadas, en las avenidas de los caminos y á la entrada de las ciudades para servirles de guía y consejera: es decir que nunca les sirve mejor de madre que cuando se encuentran en el camino dividido de esta vida, en la pendiente de la edad y en el punto de abrazar estado y colocarse en alguna condicion estable para el resto de sus dias. En esto les da nuestra señora una prueba excelente de su singular bondad, porque esa es la verdadera época de manifestar el cuidado que tiene de ellos. Con efecto despues del instante de que depende la eternidad, que es la hora de la muerte, nada nos importa tanto como la eleccion de un estado, no solo porque este abraza generalmente todos los actos de nuestra vida, sino porque en esa eleccion por lo comun tomamos el camino de nuestra felicidad ó de nuestra desdicha eterna. Por aqui es fácil de ver el juicio que puede formarse de ciertas personas, que toman un estado de vida lo mismo que si se agarraran á la tabla de un naufrago, abrazando el primero que se les viene á la mano, que su capricho ó su pasion les sugiere ó que un tercero les aconseja, sin recurrir al santuario para consultar con Dios y con los que participan de su espiritu. En esta ocasion tambien mejor que en otra ninguna se conoce la necesidad que tenemos de la asistencia del cielo y de los que nos quieren bien.

II. Dios sabe lo que la madre de bondad hace entonces por los suyos, cómo los ilumina, cómo mueve sus co-